

Se reunían con Sartre y Beauvoir en un café de Saint Germain des Prés, y se iban todos a cenar a una taberna antes de reunirse con algunos amigos en el *Tabou* o el *Méphisto*, en el bulevar Saint-Germain, o en la *cave Saint Germain des Prés*. O bien se iban a aplaudir a Juliette Greco y a Boris Van en la *Rose Rouge*. Después iban a tomarse un último trago a una terraza de algún café en los Campos Elíseos. A lo largo de la velada se encontraban con Arthur Koestler, Merleau-Ponty, Romain Gary, Jean Cau y otros. Simone de Beauvoir cuenta en *La fuerza de las cosas* cómo en Camus «existía un abismo más profundo que en muchos otros entre su vida y su obra». Cuando salían juntos, bebían, hablaban y reían hasta las tantas de la noche, era gracioso, cínico, «un poco canalla y muy pillo», daba rienda suelta a sus sentimientos y cedía a sus impulsos. Podía sentarse encima de la nieve, en la acera, a las dos de la mañana y meditar sobre el amor: «Hay que elegir: dura o quémate; ¡el drama es que no podamos a la vez durar y quemarnos!». Pero en las discusiones serias se cerraba, se daba gran importancia, enunciaba nobles frases; con la pluma en la mano, era un moralista al que ella ya no reconocía. El propio Camus sabía que su imagen pública no coincidía con su verdad personal. La vinculación al grupo de Sartre contribuyó, más que sus palabras o que sus escritos, a que Camus fuera situado entre los existencialistas, cosa que él negó reiteradamente. «No, no soy existencialista», declaró en una entrevista a *Les Nouvelles Littéraires*. «Sartre y yo nos extrañamos siempre al ver asociados nuestros nombres. Pensamos incluso publicar un día un anuncio en el que los firmantes declararían no tener nada en común y se negarán a pagar deudas que pudieran contraer respectivamente».

A finales de 1945 comenzó a mostrarse más elocuente sobre su propia filosofía del absurdo y dejó filtrar alguna luz sobre sus proyectos futuros y sus preocupaciones: «Aceptar lo absurdo de todo lo que nos rodea es una etapa, una experiencia necesaria: no debe convertirse en un callejón sin salida. Suscita una rebeldía que puede ser fecunda. Un análisis del concepto de rebeldía podría ayudar a descubrir nociones capaces de devolver a la existencia un sentido relativo». Apuntaba ya la nueva etapa del hombre rebelde.

En cuanto a la que pudiera tener en común con los existencialistas, Camus lo resumió en una frase dirigida a Sartre y a Beauvoir: «Lo que tenemos en común, ustedes y yo, es que para nosotros lo que más cuenta son los individuos; preferimos lo concreto a lo abstracto, la gente a las doctrinas, ponemos la amistad por encima de la política». Y en lo que se refiere a sus similitudes con Sartre especificó aún más: «Las semejanzas que generalmente se aprecian entre los trabajos de Sartre y los míos provienen naturalmente de la suerte o la desgracia que tenemos de vivir en una misma época y frente a problemas y preocupaciones comunes».

El hombre rebelde es su filosofía

En sus años jóvenes, cuando aún se debatía con el absurdo, lo imposible, lo pragmático y la desesperanza, escribió algo que le preocupaba hondamente y que le preocupó siempre: «Los hombres se juzgan por el uso que hacen de su poder. Es notable que las almas inferiores siempre tienen tendencia a abusar de las parcelas de poder que el azar o la estupidez les han confiado». Este pensamiento, que para él era una «idea madre», fue desarrollado en una serie de artículos que bajo el título general «Ni víctimas ni verdugos», publicó en *Combat* a finales de 1946. Camus había conocido la fermentación política de París después de la liberación, y seguidamente, estaba siendo testigo de los crímenes del estalinismo. Tras una profunda conversación con Arthur Koestler escribió: «El fin no justifica los medios nada más que si la diferencia de importancia recíproca es razonable. Se puede enviar a Saint-Exupéry a una misión mortal para salvar a un regimiento, pero no se puede deportar a millones de personas y prohibir todas las libertades con vistas a un bien futuro». Por estas fechas Camus habla en su diario de «desgarro». Pero también se le comienza a hacer una nueva luz que fraguará en *El hombre rebelde* y la filosofía política que ya mantendrá el resto de sus días:

Me parece indiscutible que vivimos en el mundo del terror —dice—, en la medida en que un hombre cree en el progreso inevitable, en la medida en que un hombre cree en una lógica histórica inevitable... Basándose en ese racionalismo absoluto, se ponen los valores históricos por encima de los valores que, por educación o por prejuicios, estamos acostumbrados a considerar como válidos. Y por eso nos basamos en el racionalismo absoluto o en la idea de progreso sea el que fuere, y admitimos el principio de que el fin justifica los medios...

Beauvoir en *La fuerza de las cosas*, reprocha la actitud del pensador tozudo y honrado, que había tomado la firme determinación de nadar contra corriente: «Camus se negaba a comprender que la historia se oponía a su individualismo, se negaba a sacudirse los viejos sueños. Su reacción a la crítica o a la contradicción era un grito de ingratitud». Sus amigos escritores le acusaban: «Usted huye de la política, y se refugia en la moral». Consideraban que en aquel momento, se presentaban tres posibilidades: la revolución comunista, el capitalismo, la tercera fuerza. La tercera opción servía inevitablemente a la segunda, con lo cual la elección se reducía a un dilema. Pero Camus se negaba a elegir.

El mensaje de *El hombre rebelde* estaba cada vez más claro:

Los que pretenden saberlo todo y arreglarlo todo terminan por matarlo todo. Llega un día que no tiene otra norma que el asesinato, ni otra creencia que la pobre escolástica que, en todos los tiempos, sirvió para justificar el crimen.

Ni víctimas ni verdugos

Camus concedió una gran importancia a su serie de artículos titulados *Ni víctimas ni verdugos*, hasta el punto de reeditarlos dos veces, la última de ellas en el primer volumen de sus ensayos políticos, en 1950. Impresiona leerlos treinta años después de la muerte de su autor, y comprobar que su contenido está en plena vigencia.

El primero de estos artículos «El siglo del miedo», dice: «En esta era de terror, los hombres que rechazan a la vez los sistemas ruso y americano, que rechazan un mundo en el que se legitima el asesinato, son hombres sin patria». Los hombres que se niegan a matar o a que los maten se enfrentan automáticamente a una serie de consecuencias, y estos artículos tienen precisamente por objeto abordar algunas de esas consecuencias. En el segundo artículo Camus niega que su propósito sea el de glorificar la utopía. Sabe que continuará el asesinato, pero se niega a legitimarlo. Los socialistas tienen la obligación de elegir entre la doctrina comunista, según la cual el fin justifica los medios y el asesinato se encuentra legitimado, y el rechazo del marxismo (salvo como instrumento crítico). Si aceptan, demuestran que nuestra era señala el final de la ideología, «utopías absolutas que se destruyen ellas mismas, en la historia, por el precio que terminan costando».

El fin de la ideología señalaba el advenimiento de un mundo dominado por las grandes potencias. La única alternativa a los derramamientos de sangre era una «utopía relativa» y, a más largo plazo, un orden universal instaurado no por medio de la guerra, que podría matar a centenares de millones de seres humanos, debido a las armas modernas, sino por el entendimiento mutuo. Lo cual implicaba no solamente una solución política a escala internacional, sino también una solución económica: la puesta en común de los recursos. En el seno de las naciones existentes, los hombres debían aunar sus esfuerzos para elaborar un nuevo contrato social; a nivel mundial, una convención internacional debía abolir todos los extremismos que sólo conducen a la muerte. Camus percibía la existencia en cada país de grupos de individuos que no trabajaban para ninguna utopía, sino movidos por un realismo honrado. El mismo —escribía en el último de aquellos artículos—, creía haber elegido. Y finalmente diciendo: «Si el que peca por optimismo en cuanto a la condición humana es un loco, el que desespera es un cobarde».

En aquel entonces Camus no encontró ningún apoyo inmediato a su posición: sólo ataques llovieron sobre él. Cuarentaitantos años después, recogemos las voces de los secretarios generales de las centrales sindicales, UGT y CC.OO, que con motivo de la fiesta del Primero de Mayo de 1990 reivindicaron, más que nunca, la lucha por la Europa social: «Ha caído el socialismo real —decían—, pero lucharemos también contra el capitalismo real, por una sociedad a la medida de los trabajadores y de todos los ciudadanos de Europa».

Quijote o santo laico

«Ni víctimas ni verdugos» tuvo respuesta en 1948; la firmaba un amigo comunista de Camus, D'Astier y se titulaba «Arrancad la víctima a los verdugos», y decía: «Soy pacifista. Usted es pacifista». Estaba de acuerdo en que el fin no justifica los medios, pero aquellos que querían el fin debían aceptar los medios, «la horrible necesidad de ciertos medios»; los esclavos debían volverse contra los amos. Le parecía chocante que Camus pudiera poner en el mismo plano capitalismo y socialismo; al negarse a elegir, al tratar de «salvar los cuerpos», Camus, «santo laico», se hacía cómplice inconsciente del capitalismo. El aludido contestó que no trataba de combatir el capitalismo o el socialismo, sino el «liberalismo imperialista» y el «marxismo». Más que a nada en el mundo se oponía a la guerra en esta era nueva de los armamentos atómicos. En cuanto al marxismo, el propio Marx había sido más modesto que sus discípulos: amaba a los hombres vivos, no a las generaciones futuras (a expensas de los hombres vivos).

En conclusión, Camus se decía a sí mismo y a la vez declaraba a toda la izquierda francesa:

Mi papel... no es transformar el mundo, ni al hombre... Sino que es tal vez ser útil, desde mi puesto, a los pocos valores sin los cuales un mundo, aún transformado, no vale la pena vivirse...

Identificándose con la conciencia liberal, con los individuos aislados, Camus trazaba un recorrido muy solitario para él mismo y aquellos de sus amigos que se negaban a admitir sin protestar los abusos perpetrados contra la libertad y la dignidad humana en uno u otro bloque.

Esta toma de postura levantó ampollas y las críticas se endurecieron:

Los escritos políticos de Camus se habían hecho verbosos, blandos, teñidos de una vaga nobleza... Tardíamente, tienden a confundir lo moralmente deseable con lo políticamente eficaz... Ya no levanta la voz más que en favor de lo que es bueno y está bien.

¿Qué pretendía Camus, qué quería conseguir a punto ya de dar comienzo la década de los 50? Pretendía nada menos que el estudio en profundidad, a lo largo de la historia, de las teorías y formas de rebeldía, con la esperanza de descubrir por qué se pervertían los ideales, para trazar a continuación las vías auténticas de una rebelión necesaria contra nuestro destino, en la que el crimen —aún legítimo, aún santificado por el Estado— quedara rigurosamente excluido.

Al comenzar la guerra de Corea, un grupo de escritores japoneses le escribieron pidiéndole su opinión y la respuesta fue contundente:

Lo único que podemos hacer es añadir algo a la creación, todo cuanto podamos, mientras otros trabajan en su destrucción. Es este esfuerzo, largo, paciente y secreto, el que realmente ha hecho avanzar a los hombres desde que tienen historia.

El lenguaje de Camus era el de un ser que había salido del nihilismo y volvía a descubrir por sí mismo las normas elementales del humanismo. Esto le convirtió en

el blanco de muchas flechas. Sus ex amigos decían que ya no era «el hombre rebelde» sino un «santo laico». Su ex compañeros de *Combat* le calificaban de «pensadorcillo educado». Los comunistas de *L'Humanité* le encasillaban: «Es el 'filósofo' del mito de la libertad abstracta. Es el escritor de la ilusión».

Comienza entonces lo que su biógrafo denomina etapa de silencio. Camus escribe:

Ante la imposibilidad de unirme a ninguno de los extremos, ante la progresiva desaparición de esa tercera fuerza en la que aún podía mantenerse la cabeza fría, dudando también de mis certezas y conocimientos, persuadido al fin de que la verdadera causa de nuestras locuras reside en las costumbres y el funcionamiento de nuestra sociedad intelectual y política, he tomado la decisión de no volver a participar en las incesantes polémicas.

Y Camus decidió no reunirse ya más que con sus amigos. En una de las últimas invitaciones que aceptó, acto organizado por los republicanos españoles, describió en su discurso la tortura del escritor atacada por la derecha y la izquierda, obligado a seguir su camino sin convencer a nadie.

Había tratado de hacer lo que era justo, respetar su profesión, participar, firmar cuando le pedían que firmara. Si había llegado a sobrevivir había sido gracias a sus amigos.

A comienzos de 1952, aceptó conceder una entrevista a Pierre Berger, un amigo periodista, y explicó cómo podían los intelectuales reparar el daño que habían hecho defendiendo «las dos formas de nihilismo contemporáneo, burgués y revolucionario»:

- 1) que reconozcan ese daño y lo denuncien;
- 2) que no mientan y sepan confesar lo que ignoran;
- 3) que se nieguen a dominar;
- 4) que rechacen, en cualquier caso y sea cual fuere el pretexto, todo despotismo, aunque sea provisional.

Por todo esto pienso que Albert Camus, treinta años después de su muerte, es, sigue siendo, un hombre más que moderno. Es actual en su fondo y en su forma de pensar, decir y hacer. Su espíritu está aquí: viviendo.

Isabel de Armas

Libros consultados

- Albert Camus*, Herbert R. Lottman, Taurus Ediciones, 1987.
La fuerza de las cosas, S. de Beauvoir, Ed. Sudamericana.
Résidente Privilégiée, María Casares, Ed. Fayard.
Cahiers, Albert Camus.
Lettres à un ami, Max Jacob, Ed. Pully-Lausanne, Suiza, 1951.
Teatro, Albert Camus, Losada.
Le temps qui rest, Jean Daniel, París, 1973.
Obras completas, Albert Camus, Ed. Pléiade.

